

alas acanaladas pasaban las borlas de oro, que pendían por tres partes.

Por donde pasaba le recibían con regocijo, como si su paso esparciese calor, luz y animación. Los niños y los viejos se asomaban al cancel de sus puertas para ver al obispo, lo mismo que salían para tomar el sol. El bendecía y le bendecían á él. A todo el que necesitaba algo le indicaban la morada del obispo. Este se detenía aquí y allá, hablaba á los niños y á las niñas y sonreía á las madres. Visitaba á los pobres mientras tenía dinero, pero cuando se le concluía visitaba á los ricos.

Como hacia durar las sotas mucho tiempo y no quería que lo notasen, siempre se presentaba en público con su traje de obispo, aunque éste en verano le molestaba bastante.

Cuando regresaba del paseo comía. Su comida era parecida al almuerzo.

Por la noche, á las ocho y media, cenaba con su hermana, y la señora Magloire les servía á la mesa. Su cena era muy frugal. Pero cuando tenía convidado á la mesa á alguno de los curas de su diócesis, aprovechaba esta ocasión la señora Magloire para servir á monseñor ó excelente pescado de los lagos ó caza fina de la montaña. El cura convidado servía de pretexto para ordenar una buena cena; el obispo callaba y dejaba hacer. Fuera de estos casos, aquella consistía en algunas legumbres cocidas en agua y en sopas de aceite; por eso se decía en la ciudad que *cuando el obispo no tenía mesa de cura, tenía mesa de trapista.*

Después de cenar hablaba media hora con la señorita Baptistina y con la señora Magloire; luego se marchaba á su gabinete, y allí se ponía á escribir, ó bien en cuartillas sueltas ó en los márgenes de algún libro infolio. Era hombre de letras y erudito. Dejó escritos cinco ó seis manuscritos muy curiosos; entre ellos una disertación sobre el versículo del Génesis: *En el principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.* Confrontóle con tres textos: con el versículo árabe que dice: *Los vientos de Dios soplaban;* Flavio Josefo dice: *Un viento de lo alto se precipitó sobre la tierra,* y por último, con la paráfrasis caldea de Onkelos, que dice: *Un viento procedente de Dios soplabá sobre la superficie de las aguas.*

En otra disertación examinaba las obras teológicas de Hugo, obispo de Tolomaida, ascendiente del autor de esta obra, y establecía que debían atribuirse

á dicho obispo los varios opúsculos publicados en el último siglo con el pseudónimo de Barleycourt.

A veces, estando entregado á una lectura cualquiera, caía de repente en profunda meditación, de la que solo salía para escribir algunas líneas en los márgenes del volumen que estaba leyendo, y con frecuencia no tenían relación alguna con el libro. Tenemos á la vista una nota que él escribió en el margen de un libro en cuarto titulado: *Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwallis y con los almirantes de la estación de América.* Hé aquí la nota que escribió en el susodicho libro:

“Quién eres tú?—El Eclesiastes te llama Todopoderoso; los Macabeos te llaman Creador; la Epístola á los efesios te llama Libertad; Baruch, Inmensidad; los Salmos, Sabiduría y Verdad; Juan te llamó Luz; los Reyes, Señor; el Exodo, Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creación te llama Dios; el hombre, Padre; pero Salomón te llama Misericordia, y este es el más hermoso de todos tus nombres.”

A las nueve de la noche se retiraban las dos mujeres y se subían al piso principal, donde tenían las habitaciones, y dejaban al obispo solo, en el piso bajo, hasta la mañana siguiente.

Vamos, pues se hace ya preciso, á dar una idea exacta de la casa de monseñor Bienvenido.

VI.

Quién era el guardián de la casa.

La casa que habitaba se componía de planta baja y de un solo piso, como ya dijimos; en el bajo había tres piezas, otras tres en el primero, encima un granero, y detrás de la casa un jardín. Las mujeres ocupaban el primer piso; el obispo la planta baja: la primera pieza, que daba á la calle, le servía á éste de comedor; la segunda de dormitorio, y de oratorio la tercera. No se podía salir del oratorio sin pasar por la alcoba, ni salir de ésta sin pasar por el comedor. En el fondo del oratorio había una alcoba cerrada, que contenía una cama preparada, por si tenía que recibir algún huésped. El obispo ofrecía dicha cama á los curas de las aldeas que por sus asuntos ó por las necesidades de sus parroquias se veían obligados á ir á Digne.

La botica del antiguo hospital, que era un pequeño edificio, añadido á la

casa y tomado del jardín, se había transformado en cocina y en despensa.

Además, había en el jardín un establo, que fué la antigua cocina del hospicio, en el que el obispo tenía dos vacas. Cualquiera que fuese la cantidad de leche que se sacase de ellas, enviaba invariablemente todas las mañanas la mitad á los enfermos del hospital, y decía: *Pago mi diezmo.*

La habitación de monseñor era bastante grande y muy difícil de calentar en la estación fría. Como la leña era muy cara en Digne, ideó que le hiciesen en el establo de las vacas una separación, cerrada con tablas. Allí pasaba las veladas en la época de los grandes frios, llamando á aquello su *salón de invierno.*

No había ni en el salón de invierno ni en el comedor más muebles que una mesa de madera blanca, cuadrada, y cuatro sillas de paja. En el comedor se veía, además, un antiguo aparador, pintado de color de rosa al temple. Otro aparador, semejante á éste, convenientemente revestido de mantelillos blancos y de falsos encajes, servía de altar y adornaba el oratorio del obispo.

Los penitentes ricos y las mujeres devotas de Digne habían reunido varias veces por suscripción entre ellos lo necesario para sufragar los gastos de un altar nuevo para el oratorio de monseñor, el que todas las veces tomó el dinero recogido para ese objeto y se lo dió á los pobres.

—“El altar más hermoso, decía, es el alma del desgraciado cuyo infortunio se alivia, y que dá gracias á Dios.”

Había en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillón de brazos, también de paja. Cuando por casualidad recibía siete ú ocho personas á un tiempo, como al prefecto, al general, á la plana mayor de la guarnición ó á algunos discípulos del Seminario, era necesario ir á buscar al establo las sillas del salón de invierno, al oratorio los reclinatorios y el sillón á la alcoba; de este modo se podían reunir hasta once asientos para las visitas. Cada visita que llegaba hacia desamueblar una pieza.

Sucedía alguna vez que eran doce los que le visitaban, y entonces el obispo disimulaba la dificultad de su situación manteniéndose en pié delante de la chimenea, si era en invierno, ó paseándose por el jardín, si era en verano.

Tenía cerrada en la alcoba una silla, pero estaba desvencijada y solo tenía tres piés: en una palabra, era inservible.

La señorita Baptistina tenía también en su habitación una gran *bergere*, cuya madera fué dorada en otro tiempo, y que estaba forrada de nankin floreada, pero que fué preciso subirla al primer piso por la ventana, por ser la escalera demasiado estrecha, y por lo tanto tampoco podía contarse con ella en un caso de apuro.

La señorita Baptistina tenía vivos deseos de poder comprar una sillería de salón, de terciopelo de Utrech amarillo, con flores, y un canapé de caoba, de forma de cuello de cisne, pero esto hubiera costado lo menos quinientos francos; y al ver que no consiguió economizar para este objeto más que cuarenta y dos francos en cinco años, concluyó ya por renunciar á sus vivos deseos. ¿Quién consigue realizar su ideal?

No es posible figurarse nada tan sencillo como el dormitorio del obispo. Tenía una puerta vidriera que caía al jardín; enfrente la cama, una cama de hierro como las del hospital, con cortinaje de sarga verde, y detrás, entre la cortina y la pared, utensilios de tocador, que revelaban todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea, que daba paso al oratorio, y otra cerca de la biblioteca, que daba paso al comedor. La biblioteca era un armario grande con puertas vidrieras, lleno de libros: la chimenea era de madera pintada, imitando á mármol, habitualmente sin fuego; había en el hogar un par de morillos de hierro, adornados con dos vasos con guirnaldas y canelones, en otro tiempo plateados, lo que constituía cierto lujo episcopal; encima de la chimenea un crucifijo de cobre, que también estuvo plateado como los morillos, y que estaba clavado sobre terciopelo negro raído y colocado en un cuadro de madera, que también fué dorada; cerca de la puerta vidriera que daba al jardín había una mesa grande, y sobre ella un tintero y un montón de papeles y de libros gruesos. Delante de la mesa un sillón de paja, y delante de la cama un reclinatorio, sacado del oratorio.

Había colgados de la pared, á entrambos lados de la cama, dos retratos metidos en marcos ovalados. Diminutivas inscripciones doradas sobre el fondo oscuro del lienzo indicaban que eran los retratos, uno el del abad de Chaliot, obispo de San Claudio, y el otro el del abad Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champs, de la orden del

Cister, de la diócesis de Chartres. Al tomar posesion monseñor Bienvenido de este cuarto de los enfermos del hospital, encontró en él estos dos retratos y los dejó donde estaban, porque eran de dos sacerdotes, y probablemente donatarios, motivos suficientes para que él los respetara.

Cubria la puerta vidriera una antigua cortina de tela gruesa de lana, viejísima, para evitar el gasto de poner otra nueva. La señora Magloire tuvo la idea de hacer en medio de ella una gran costura en forma de cruz: el obispo la enseñaba con frecuencia, diciendo siempre que sentaba muy bien la cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, así los del piso bajo como los del primero, estaban blanqueados con cal, á la manera de cuartel ó de hospital.

Sin embargo, la señora Magloire encontró en los últimos años, como se verá más adelante, bajo del papel enjalbegado, unas pinturas que adornaban el aposento de la señorita Baptistina. Antes de ser hospital aquella casa fué locutorio del pueblo, y de eso provenia aquel adorno. Los suelos eran de baldosas encarnadas, que se lavaban todas las semanas, y habia esterillas de junco delante de todas las camas. La casa, cuidada esmeradamente por las dos mujeres, era un modelo de aseo y de exquisita limpieza: este era el único lujo que se permitía el obispo, diciendo:—Con la limpieza no se quita nada á los pobres.

De lo que monseñor poseyó en otros tiempos le quedaron seis cubiertos de plata y un cucharón, que la señora Magloire miraba con reverencia y con orgullo. El mantel de tela gruesa. Y para retratar fielmente al obispo de Digne, no debemos callar que le ocurrió decir bastantes veces que renunciaria con dificultad á comer con cubiertos de plata. Además de los cubiertos poseia dos candeleros grandes de plata maciza, que heredó de una tia. Dichos candeleros sostenian dos velas de cera y estaban colocados sobre la chimenea: cuando monseñor tenia un convidado á cenar, la señora Magloire encendia las velas y ponía los candeleros en la mesa de comer.

En el cuarto del obispo, á la cabecera de su cama, habia un cajon pequeño, en el que la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharón. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardín, que estropeaban en parte

las construcciones bastante feas de que hablamos, se componia de cuatro calles en cruz convergentes á un pozo, y de otra calle que daba la vuelta á todo él y se prolongaba á lo largo de la blanca pared que le servia de cercado. Estas calles dejaban entre sí cuatro cuadrados, que separaban una hilera de césped: en tres de ellos la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto el obispo sembraba flores, y en todos crecian árboles frutales.

En una ocasion la señora Magloire dijo al obispo con ingénuo malicia:

—Monseñor, vos que sacais partido de todo, teneis aquí un cuadro de tierra inútil, y más valdria que produjera frutas que flores.

—Señora Magloire, la respondió el obispo, os engañais; lo bello vale tanto como lo útil. Despues de una pausa, añadió:—Tal vez más.

Aquel cuadrado, compuesto de cuatro platabandas, ocupaba al obispo tanto como sus libros. Pasaba en él agradablemente una ó dos horas cortando, escardando y sembrando, aunque no era tan hostil á los insectos como un jardinero, pero él no tenia pretensiones de botánico. No estudiaba las plantas, pero le gustaban las flores. Respetaba mucho á los sábios; respetaba más todavía á los ignorantes, y sin faltar nunca á esos dos respetos, regaba sus platabandas todas las noches de verano con una regadera de hoja de lata pintada de verde.

No habia en la casa puerta que cerraba con llave. La del comedor, que, como dijimos, daba á la plaza de la Catedral, estuvo en otro tiempo pertrechada de cerraduras y de cerrojos, como la de una cárcel; pero el obispo los hizo quitar, y la puerta, desde entonces, solo se cerraba con un sencillo picaporte: podia entrar el que quisiera á cualquier hora solo levantándolo. Al principio las mujeres estaban muy asustadas al ver que esa puerta no podia cerrarse, pero el obispo las dijo:—“Poned cerrojos si queis á las puertas de vuestras habitaciones”, y al fin acabaron por participar de la confianza de monseñor, ó al menos aparentaban tenerla. A la señora Magloire únicamente la asaltaban temores de vez en cuando. La idea que hacia proceder de ese modo á Mr. Myriel estaba explicada en estas líneas, que escribió al margen de una Biblia:

“Hé aquí la diferencia; la puerta del médico no debe estar nunca cerrada

y la del sacerdote debe estar siempre abierta.”

En el libro titulado *Filosofía de la ciencia médica* puso esta otra nota: “¿Acaso no soy médico como ellos? Tambien yo tengo mis enfermos, en primer lugar los suyos, que ellos llaman pacientes, y en segundo lugar los míos, que yo llamo desgraciados.”

En otro libro escribió lo que sigue:

“No preguntéis su nombre al que os pida albergue; precisamente el que busca asilo es el que tiene más inconveniente en decir su nombre.”

Un digno cura, no recordamos si fué el de Coulombroux ó el de Pompierry, instigado acaso por la señora Magloire, tuvo la ocurrencia de preguntar al obispo si estaba seguro de no cometer una imprudencia hasta cierto punto, dejando dia y noche la puerta abierta y á disposicion del que quisiese entrar, y de que no le sucediera una desgracia teniendo la casa tan mal guardada. Monseñor, tocándole en el hombro con severa gravedad, le contestó:

—*Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam.* Despues cambió en seguida la conversacion.

Solia decir con frecuencia:—Existe el valor del sacerdote, como existe el valor del militar; el del sacerdote debe ser tranquilo.

VII.

Cravatte.

Vamos á relatar un hecho, que es de tal naturaleza, que hace comprender perfectamente qué clase de hombre era el obispo de Digne.

Cuando quedó destruida la partida de Gaspar Bés, que habia infestado los desfiladeros de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Estuvo oculto algun tiempo con sus bandidos, restos de la gente de Gaspar Bés, en el condado de Niza; despues pasó al Piamonte y luego reapareció en Francia por la parte de Barcelonnette. Se le vió primero en Jauziers y posteriormente en Tuiles. Se escondió en las cavernas de Joug de l'Aigle, y desde allí, descendiendo hácia las cabañas y aldeas por los barrancos del Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, penetró una noche en la catedral y saqueó la sacristía. Sus latrocinios asolaban el pais. Los gendarmes le perseguian inútilmente; siempre se escapa-

ban, y algunas veces les resistia á viva fuerza: era un desalmado audaz.

Cuando atemorizaba la comarca fué el obispo á hacer su visita á Chastelar. El maire salió á recibirle y le suplicó que se marchase á su obispado, porque Cravatte se habia hecho dueño de la montaña hasta el Arche, y era peligroso andar por allí hasta con escolta, porque era exponer inútilmente á cuatro pobres gendarmes.

—Pues siendo así, le contestó el obispo, iré sin escolta.

—No penseis en eso, monseñor! exclamó el maire.

—Lo pienso de tal modo, que no quiero que me acompañe ningún gendarme, y voy á partir dentro de una hora.

—Partir dentro de una hora!

—Sí.

—Solo?

—Solo.

—Monseñor, desistid.

—En la montaña, replicó el obispo, se encuentra una feligresía, tan grande como la palma de la mano, que no he visitado hace tres años. Son amigos míos esos buenos y honrados pastores, que poseen una cabra por cada treinta que guardan. Hacen lindos cordones de lana de diferentes colores y tocan sonatas pastoriles con flautines de seis agujeros. Necesitan que de vez en cuando se les hable de la bondad de Dios. ¿Qué dirian de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirian si por eso no fuese á visitarlos?

—Pero monseñor... y los ladrones?

—Calle! dijo el obispo; ahora pienso en ello. Teneis razon; puedo encontrarlos, y tambien necesitan que se les hable de la bondad de Dios.

—¡Pero monseñor, si son una banda de foragidos, una manada de lobos!...

—Señor maire, precisamente es acaso de la que Jesús me hizo el pastor. ¿Quién sabe los designios de la Providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada llevo y nada pueden robarme.

—Os matarán.

—¿A un pobre y anciano sacerdote que pasa la vida rezando? Para qué?

—¡Si llegase á encontrarlos su ilustrísima!...

—Les pediria limosna para mis pobres.

—¡En nombre del cielo no espongais vuestra vida, monseñor!

—No es más que eso? Pues ni vivo ni

estoy en el mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fué preciso acceder á su voluntad y marchó, acompañándole solo un niño, que se ofreció á servirle de guía. Su obstinacion sonó mucho en el pais y causó gran susto.

No quiso llevar consigo á su hermana ni á la señora Magloire. Atravesó la montaña montado en una mula; no encontró á los bandidos y llegó sano y salvo al territorio de sus buenos amigos los pastores. Permaneció allí quince dias predicando, administrando, enseñando y moralizando. Al acercarse el dia de su marcha resolvió cantar pontificalmente un *Te-Deum*. Habló de esto al cura, pero ¿cómo efectuarlo, careciendo de ornamentos episcopales? No le podian proporcionar más que el servicio de una mala sacristía de aldea y algunas viejas casullas de damasco.

—Bah! dijo el obispo. Esto ya lo arreglaremos. Anunciad, señor cura, desde el púlpito el *Te-Deum*.

Buscáronse ornamentos en las iglesias de los alrededores, pero todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias no bastaban para vestir convenientemente á un chantre de una catedral.

No sabian cómo salir del paso el obispo y el cura, cuando dos hombres desconocidos, ginetes sobre briosos caballos, llevaron y depositaron en casa del cura un gran cajon para el obispo. Le abrieron y encontraron dentro de él una capa de tisú de oro, una mitra adornada con diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo y las vestiduras episcopales robadas hacia un mes de la iglesia de Nuestra Señora de Embrun. En el cajon encontraron un papel que decia: *Cravatte á monseñor Bienvenido*.

—Ya os dije que esto se arreglaría, exclamó el obispo. Despues añadió sonriendo: Al que se contenta con la sobrepelliz de cura, Dios le envía la capa de arzobispo.

—Monseñor, murmuró el cura moviendo la cabeza, Dios ó el diablo?

—Dios, replicó el obispo con autoridad y mirando fijamente al cura.

Cuando monseñor volvió al Chastelar, por todo el camino salía la gente á verle por curiosidad. En el presbiterio de dicho pueblo halló á la señorita Baptistina y á la señora Magloire, que le estaban esperando, y dijo á su hermana:

—Qué tal? Tenía yo razon? El pobre sacerdote fué á visitar á los pobres montañeses con las manos vacías y vuelve

con las manos llenas. Partí confiando en Dios y traigo el tesoro de una catedral.

Aquella noche, antes de acostarse, habló del modo siguiente:

—No temamos á los ladrones ni á los asesinos, que esos peligros exteriores son los más pequeños. Temámonos á nosotros mismos. Las preocupaciones son los verdaderos ladrones, los vicios son los temibles asesinos; los grandes peligros están dentro de nosotros mismos. Lo que amenaza nuestra cabeza ó nuestra bolsa no es tan trascendental como lo que amenaza nuestra alma.

Volviéndose hácia su hermana, la dijo:

—El sacerdote nunca debe tomar precauciones contra su prógimo, porque lo que hace el prógimo lo permite Dios. Limitémonos á rogarle cuando creamos que nos amenaza un peligro. Roguémosle y no por nosotros, sino por nuestro hermano, que vá á cometer una falta quizás por culpa nuestra.

Fuera de lo referido, eran muy raros los acontecimientos en la existencia de monseñor Bienvenido. Ordinariamente pasaba la vida haciendo siempre lo mismo á las mismas horas.

Respecto á lo que se hizo el "tesoro" de la catedral de Embrun, nos veríamos apurados para contestar si se nos preguntase por él. Componiase de objetos tentadores y á propósito para emplear en provecho de los desgraciados. Habian sido robados; la mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Solo faltaba hacer cambiar la direccion del robo y encaminarle hácia el lado de los pobres. Nada cierto, sin embargo, podemos afirmar respecto á este asunto. Únicamente podemos decir que se encontró, entre los papeles del obispo, una nota bastante oscura, que se referia quizás á este asunto, concebida en los siguientes términos:

"La cuestion consiste en saber si esto debe volver á la Iglesia ó debe ir al hospital."

VIII.

Filosofar despues de beber.

El senador de quien antes nos ocupamos era un hombre inteligente, que hizo su carrera con esa rectitud que prescinde de todos los tropiezos que se ponen en medio del camino como un obstáculo y que se llaman conciencia, fé jurada, justicia y deber; marchó recto á su objeto y sin torcer una vez en la línea

de su adelanto ni de su interés. Fué un antiguo procurador, atemperado por el buen éxito, sin ser enteramente mal hombre, prestando los pequeños favores que podia á sus hijos, á sus yernos, á sus parientes y hasta á sus amigos; y aprovechándose de la parte favorable de la vida, de las ocasiones y de sus utilidades, todo lo demás de ella le parecia estúpido. Tenía chispa y era bastante instruido para creerse discípulo de Epicuro, cuando en realidad era discípulo de Pigault-Lebrun. Se burlaba con placer de lo infinito y de lo eterno y de las "salidas del buen obispo". Refase á veces con amable autoridad delante del mismo monseñor que le escuchaba.

No recuerdo por qué ceremonia semi-oficial el conde *** (que era el senador de quien nos ocupamos) y monseñor Bienvenido tuvieron que comer juntos en casa del prefecto. Al llegar á los postres, algo alegre el senador, aunque siempre digno, exclamó:

—Pardiez! señor obispo, hablemos. Rara vez se ven un senador y un obispo sin mirarse de reojo. Nosotros somos dos augures. Voy á haceros una confesion, y es la de que profeso una filosofía particular.

—Y tenéis razon; segun su filosofía viene cada cual la cama, y la vuestra es de púrpura.

—Pues bien, seamos buenos amigos, continuó el conde, alentado por la contestacion de monseñor.

—O buenos diablos, respondió el obispo.

—Os declaro, prorumpió diciendo el senador, que el marqués de Argens, Pirron, Hobbes y Naigeon no son necios. Tengo en mi biblioteca esos filósofos, encuadernados con cantos dorados.

—Como vos mismo, señor conde, replicó el obispo interrumpiéndole.

El senador prosiguió:

—Odio á Diderot; es ideólogo, declamador y revolucionario, creyente de Dios en el fondo, pero más mogigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham, y no tuvo razon, porque las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de vinagre puesta en una cucharada de pasta de harina suple al *fiat lux*. Suponed que la gota es inmensa y la cuchara también, y obtendreis el mundo. El hombre es la anguila. Entonces, para qué sirve el Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis de Jehová me fatiga. Solo sirve para producir seres flacos que piensan hueco. ¡Abajo ese

Gran Todo que me molesta! ¡Viva el Cero que me deja tranquilo! De vos á mí, para vaciar mi costal y confesarme con mi pastor, os diré que tengo muy buen sentido. No me entusiasmo por vuestro Jesucristo, que predica por todas partes la pobreza y el sacrificio. Consejo de avaro á pordioseros. Pobreza, ¿por qué? sacrificio, por qué? Nunca he visto que un lobo se inmole por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del órden de la naturaleza. Los que estamos en la cumbre es preciso que tengamos una filosofía superior á la de los demás. ¿De qué nos serviría estar tan altos si no viéramos más allá de la punta de la nariz de los otros? Vivamos alegremente. La vida lo abarca todo. Que haya otro porvenir, otro mundo, arriba ó abajo, ó en cualquier parte, yo no lo creo. Se me recomienda la pobreza y el sacrificio, que debo mirar cómo obro y qué discernir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre el *fas* y el *nefas*. Por qué? porque soy responsable de mis acciones. Cuando? despues de mi muerte. Bah! despues de muerto que me coman ratas. Haced que una mano de fantasma coja un puñado de ceniza. Digámonos la verdad, nosotros que somos los iniciados y que pudimos levantar el velo de Isis: no existe el bien ni el mal, solo existe la vegetacion. Busquemos lo real, profundicemos el fondo. Olfateemos la verdad escarbando bajo el suelo y apoderémonos de ella, que ella nos proporciona alegrías infinitas y nos hace bastante fuertes para reinos de todo. Por eso yo soy cuadrado por la base, señor obispo. La inmortalidad del hombre es una paradoja. Fiaos de esa magnífica promesa. Si tenemos un alma, seremos ángeles y tendremos alas azules en los omoplatos. ¿No es Tertuliano el que dice que los bienaventurados irán de un astro á otro? Pues entonces serán las langostas de las estrellas. ¡Despues verán á Dios!... ¡No son malas tonterías esos paraísos!... Dios es una patarata mónstruo. No iré á decir semejante cosa en el *Moniteur*, diantre! pero lo digo cuchicheando entre amigos. *Inter pocula*. Sacrificar la tierra al cielo, es soltar la presa y quedarse sin nada. ¡Ser la burla del infinito! No soy tan estúpido que lo haga. Me llamo el señor conde Nada y soy senador. ¿Lo era antes de mi nacimiento? no. ¿Lo seré despues de la muerte? tampoco. ¿Qué soy, pues? un puñado de polvo agregado y constituido en organismo. ¿Qué tengo que hacer en el

mundo? Esta es mi eleccion; sufrir ó gozar. ¿A dónde me conducirán los padecimientos? A la nada, pero habré sufrido. A dónde me conducirán los goces? A la nada, pero habré gozado. Pues la eleccion no es dudosa. Es preciso comer ó ser comidos, y yo cómo. Vale más ser diente que yerba; en esto consiste mi sabiduría. Despues de todo, anda segun te empujen, que el sepulturero está allí para todos, y todo vá á parar al gran agujero, que es el fin, *finis*, liquidacion total. La muerte está muerta, creedme, y si hay álguien que crea lo contrario me rio de él. Eso es invencion de nodrizas, bú para los niños, Jehová para los hombres. Ese dia de mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay más que nada iguales. Allí ya, lo mismo dá haber sido Sardanápalo ó Vicente de Paul. Esa es la verdad. Vivamos, pues, lo mejor que podamos. Usad del *yo* mientras seais dueños de él. En verdad os digo, señor obispo, que yo tengo mi filosofía y mis filósofos y no me alucinan patrañas. Esto no quita para que se les hable del modo que sea preciso á los que están bajo, á los que van con las piernas al aire, á los miserables; es indispensable hacerles tragar las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraíso y las estrellas; que masquen todo eso y que se lo coman con su pan seco. El que nada tiene debe creer en un Dios justiciero. Es lo menos que puede tener, y yo estoy contento de eso, pero digo con Naigeon que el Dios justiciero es bueno para el pueblo.

Calló el conde y el obispo batió las palmas.

—Eso es lo que se llama hablar bien! exclamó monseñor. Excelente y verdaderamente maravilloso es ese materialismo: no todo el que quiere lo profesa; el que no posee no puede ya ser engañado, pues no se deja desterrar néciamente como Caton, ni dilapidar como San Estéban, ni quemar vivo como Juana de Arco. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable, gozan al creerse irresponsables y al pensar que pueden devorarlo todo sin la menor inquietud; los empleos, los beneficios, las dignidades, el poder bien ó mal adquirido, las palirrodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de conciencia, y al pensar que bajarán á la tumba despues de hecha la digestion. Esto es muy agradable, y no lo digo por vos, señor senador; sin embargo, no puedo menos de darle mi parabien. Vos-

otros, los grandes señores, teneis, como habeis dicho, una filosofía peculiar, que sirve para vuestro uso exclusivo, exquisita, refinada, accesible solo á los ricos; buena para todas las salsas, y que sazona admirablemente los placeres de la vida. Esa filosofía está sacada de las profundidades y desenterrada por buscadores especiales. Sin embargo, sois tan buenos príncipes, que no os parece mal que la creencia en Dios constituya la filosofía del pueblo; como si dijéramos que el pato asado sea el pavo trufado del pobre.

IX.

El hermano retratado por la hermana.

Para dar una idea del hogar doméstico del obispo de Digne y de la manera cómo aquellas dos santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos y hasta sus instintos femeninos á los hábitos y costumbres de monseñor Bienvenido, sin que él se tomase el trabajo de hablar para expresarlos, lo mejor que podemos hacer es transcribir una carta de la señorita Baptistina, dirigida á la señora condesa de Boischevron, amiga suya de la infancia. Esta carta, que está en nuestro poder, dice así:

“Digne 16 Diciembre 18...”

“No pasa dia, mi buena amiga, sin que hablemos de vos, y aunque es en nosotros ya costumbre, tenemos además otra razon para ello. Lavando y despolvando los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos: al presente nuestros dos cuartos, tapizados con papel viejo blanqueado con cal, figurarian bien en un castillo como el vuestro. La señora Magloire desgarró y arrancó todo el papel; debajo habia otras cosas. Mi sala, en la que no hay muebles y que nos sirve para tender la ropa colada, tiene quince piés de alta y diez de ancha, y un techo pintado antiguamente con dorados y artesonado como vuestro palacio. Le cubria un lienzo desde que fué hospital. En fin, en él han aparecido ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero lo que hay que ver es mi cuarto: la señora Magloire ha descubierto, debajo lo menos de diez papeles, pegados unos sobre otros, pinturas que, sin ser buenas, son soportables. Una de ellas representa á Telémaco en el acto en que Minerva le arma de caballero, y en otra se le vé en los jardines cuyo

nombre ahora no recuerdo; en fin, donde las romanas iban una solo noche. Se ven en ellos romanos, romanas (aquí habia una palabra ilegible) y todo su séquito. La señora Magloire ha puesto todo eso en claro; este verano reparará algunas pequeñas averías y lo barnizará de nuevo, y mi cuarto quedará convertido en un verdadero museo.

Tambien ha encontrado en un rincon del desvan dos consolas de madera antiguas. Nos han pedido dos escudos de seis libras por volverlas á dorar, pero vale más que esa cantidad sea para los pobres; son feas, además, y yo preferiria un velador de caoba.

“Yo continúo siendo feliz, porque mi hermano es tan bueno!... Todo lo que tiene lo dá á los pobres y á los enfermos, por lo que vivimos con mucha estrechez; pero este pais es muy malo en invierno, y es menester hacer algo por los que carecen de todo. Nosotros estamos bien abrigados y bien alumbrados, lo que es una comodidad.

“Mi hermano tiene costumbres especiales: cuando hablamos sobre esto contesta que el obispo debe ser así. Fguraos que la puerta de casa nunca se cierra. Entra el que quiere y en seguida se encuentra en el cuarto de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. Este es su valor, como él dice.

“No quiere que tengamos temor por él ni la señora Magloire ni yo. Se expone á toda clase de peligros, y le sabe mal que le demostremos que nos apercebimos. Es preciso saberle comprender.

“Sale de casa lloviendo, camina por el lodo y viaja en invierno. Ni le asusta la noche, ni las veredas sospechosas, ni los malos encuentros.

“El año pasado se fué á pié y solo á un pais de ladrones, sin querer que le acompañásemos. Estuvo ausente quince dias. Regresó sin que nada malo le sucediese: se le creia muerto, pero gozaba de buena salud, y dijo:—“¡Hé aquí cómo me han robado!”, Abrió una maleta que traia llena con las alhajas de la catedral de Embrun, que los ladrones le devolvieron.

“Esa vez le reñí un poco, pero cuando el coche hacia mucho ruido y nadie podia oirnos.

“Al principio me decia á mí misma:—“No hay peligros que le detengan, es terrible.” Pero al presente concluí ya por acostumbrarme, y hago señas á la señora Magloire para que ésta no le contrarie, y él obra como quiere. Me llevo á la

señora Magloire, me encierro en mi cuarto, rezo para que no le suceda ninguna desgracia y me duermo. Estoy tranquila, porque sé que si le sucediese algun infortunio, éste seria el fin de mi vida; me iria á ver al buen Dios en compañía de mi hermano y obispo. A la señora Magloire le ha costado más acostumbrarse á lo que ella llama sus imprudencias, pero tambien se acostumbró, y juntas rezamos, juntas tenemos miedo y juntas nos dormimos. Si el diablo entrara en casa haria lo que quisiera. Despues de todo, qué podemos temer aquí? Siempre habita con nosotros quien es más fuerte que él: el diablo puede pasar por la casa, pero Dios mora en ella.

“Esto me basta. No tiene mi hermano necesidad de decir nada más. Le comprendo sin que hable, y nos entregamos á la Providencia.

“Pregunté á mi hermano acerca de las noticias que me pediais sobre la familia de Faux. Ya sabeis que está muy al corriente y que conserva sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux son una antigua familia normanda, de la nobleza de Caen. Hace quinientos años hubo un Raul de Faux, un Juan de Faux y un Tomás de Faux, que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fué Guido Estéban Alejandro, maestre de campo. Su hija María Luisa casó con Adriano Carlos de Grammont, par de Francia, coronel de guardias francesas y teniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Fauouq.

“Recomendadme, mi buena amiga, á las oraciones de vuestro santo pariente el cardenal. Sylvania ha hecho bien en no perder, escribiéndome, los cortos momentos que pasa á vuestro lado. Sé que está buena, que trabaja segun vuestros deseos y que me quiere como siempre: eso es, pues, todo lo que yo deseo, y agradezco en lo que valen los recuerdos que me envia. Mi salud no es mala, y sin embargo, enflaquezco más cada dia. Adios; se me acaba el papel y esto me obliga á concluir. Mis afectos á todos.

BAPTISTINA.

“P. D.—Vuestro sobrinito es muy mono. Pronto cumplirá cinco años. Ayer vió pasar un caballo con rodilleras y dijo:—¿Qué es lo que le han puesto en las rodillas?—¡Es un chiquitin muy guapo! Su hermanito corre por la habitacion tirando de una escoba vieja como de un carro y grita:—Arre!,”

Las dos santas mujeres, como lo denota esta carta, sabían plegarse á la manera de ser del obispo, con ese ingenio particular de la mujer, que comprende al hombre mejor que él se comprende á sí mismo.

El obispo de Digne, con su aire de serenidad y de candidez, sin alterarse jamás, hacia á veces cosas grandes, atrevidas y magníficas, sin aparentar que lo echaba de ver. Las mujeres temblaban, pero le dejaban obrar.

Algunas veces la señora Magloire solía mostrar oposicion anticipada; nunca mientras ni despues del hecho; ni podia distraérsele con una palabra ni con un signo de un acto comenzado. En ciertos momentos, sin que él necesitase decirlo, cuando él quizás no tenia aun conciencia de ello, ellas comprendian vagamente que obraba como obispo, y entonces solo eran dos sombras en la casa; le servian pasivamente, y si el desaparecer era obedecerle, desaparecian: comprendian con admirable delicadeza de instinto que hay cuidados que estorban. Por eso hasta cuando se creian en peligro comprendian, no su pensamiento, pero sí su naturaleza, hasta el punto de no velar por monseñor. Le confiaban á Dios.

Además, decia Baptistina, como acabamos de leer, que el fin de su hermano seria tambien el suyo.

La señora Magloire no lo decia, pero sentia lo mismo.

X.

El obispo ante una luz desconocida.

En época algo posterior á la fecha de la carta de Baptistina se atrevió monseñor á algo, que, segun la voz pública de la ciudad, era más arriesgado y peligroso que cruzar una montaña infestada de bandidos.

Cerca de Digne, en el campo, vivia solitario un hombre; un hombre que era nada menos que un antiguo convencional, y se llamaba G.

Se ocupaba toda la sociedad de Digne de G. con una especie de horror. ¡Un convencional se le figuraba una fiera! Un hombre de los que existían en la época en que todos se tuteaban y se llamaban ciudadanos. Aquel hombre era casi un monstruo. No votó la muerte del rey, pero le faltó poco. Era casi un regicida y habia sido terrible. ¿Cómo era que al volver á Francia los príncipes legítimos no hicieron comparecer á aquel

hombre ante un tribunal? En buen hora que no le hubiesen cortado la cabeza, porque es preciso ser clementes, pero al menos debían haberle condenado á destierro perpétuo. Hacer con él un escarmiento, porque era un ateo como todos los de antaño.—Bachillerías de los ganosos contra el buitro.

¿Pero era en realidad un buitro el convencional G.? Así parecia, juzgándole por lo que habia de hurafío en su soledad. Como no votó en pró de la muerte del rey, no fué comprendido en los decretos de destierro y pudo permanecer en Francia.

Habitaba á tres cuartos de hora de la ciudad, apartado de toda vivienda, separado de todo camino, en un retiro oculto en un valle semi-salvaje. Decían que tenia allí una especie de campo, un agujero, una guarida, sin vecinos y sin transeuntes. Desde que vivía en aquel valle el sendero que á él conducía lo obstruía la yerba. Se hablaba de aquel sitio como de la casa del verdugo.

Esto no obstante, el obispo pensaba en él y de vez en cuando miraba hácia el punto en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, y se decia á sí mismo: "Allí hay un alma que está sola." Y añadia luego: "Yo debia visitarla."

Pero hay que confesar que esta idea, que á primera vista era tan natural, se le presentaba, despues de reflexionar, como extraño imposible y casi repugnante, pues en el fondo participaba monseñor de la impresion general, y sin acertar á explicárselo con claridad, le inspiraba el convencional ese sentimiento fronterizo del ódio que expresa bien la palabra repulsion. ¿La sarna de la oveja debe hacer que retroceda el pastor? No; pero era terrible aquella oveja.

El buen obispo estaba indeciso; algunas veces se dirigia hácia aquel sitio, pero retrocedia antes de llegar.

Cierta dia corrió por la ciudad la noticia de que un pastorcillo que servia al convencional G. en su morada habia ido á buscar un médico, pues el pícaro viejo se moria, su parálisis iba en aumento y quizás no pasaria de aquella noche.—A Dios gracias! añadian algunos.

El obispo cogió el báculo, púsose el sobretodo, por estar muy raída su sotana y tambien por resguardarse del viento frio de la noche, y partió.

Declinaba ya el sol cuando monseñor

llegó al sitio donde vivía el excomulgado, reconociendo por las palpitaciones de su corazón que se hallaba ya cerca de la madriguera. Saltó un foso, atravesó un seto, subió una escalera, entró en un cercado, dió algunos pasos con resolución, y de pronto, en el fondo de un campo erial, detrás de una maleza bastante crecida, divisó la caverna.

Era una casucha baja, pobre, pequeña y limpia, con una parra que cubria la fachada.

Delante de la puerta estaba sentado en un viejo sillón de ruedas un hombre de cabellos blancos, que se sonreía mirando al sol. Cerca del anciano estaba de pié un jóven, el pastorcillo, que le presentaba un cuenco de leche.

Mientras el obispo examinaba al viejo, éste dijo:

—Gracias, nada necesito ya.

Su sonrisa se apartó del sol para fijarse en el pastorcillo.

Monseñor avanzó. Al oír el ruido de sus pasos, el anciano, sentado como estaba, volvió la cabeza, y su rostro manifestó toda la sorpresa que se puede tener despues de tan larga vida.

—Desde que vivo aquí, esta es la primera vez que entra alguno en mi casa; quién sois, caballero?

—Me llamo Bienvenido Myriel, contestó el obispo.

—Bienvenido Myriel!... He oído pronunciar ese nombre... ¿Sois vos á quien la ciudad llama monseñor Bienvenido?

—Yo soy, contestó con una semisonrisa.

—En ese caso sois mi obispo.

—Así parece.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero éste no la tomó, limitándose á decir:

—Estoy satisfecho de ver que me habian engañado. Verdaderamente no parece que esteis enfermo.

—Señor, replicó el anciano, pronto me curaré.

Hizo una pausa y añadió:

—Moriré dentro de tres horas. Soy algo médico y conozco que se acerca mi última hora. Ayer solo tenia los pies frios; hoy el frio me llega hasta las rodillas, y ahora le siento que sube hasta la cintura; cuando me llegue al corazón espiraré. Qué hermoso es el sol, ¿no es verdad? Me hice traer aquí para dirigir mi postrer mirada á la naturaleza. Podéis hablarme; el hablar no me fatiga. Hicisteis bien en venir á contemplar á

un hombre que vá á morir. Bueno es que ese instante tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera querido vivir hasta la aurora, pero no puede ser; aunque en rigor, qué me importa!

El anciano se volvió hácia el pastor y le dijo:

—Anda y acuéstate; has velado la noche anterior y debes estar cansado.

El jóven entró en la casucha.

El anciano le siguió con la vista y murmuró, como hablando consigo mismo:

—Mientras él duerme yo moriré; los dos sueños son buenos vecinos.

El obispo no estaba conmovido, como pudiera suponerse; no creía sentir á Dios en aquella manera de morir. Digámoslo todo é indiquemos las pequeñas contradicciones de los corazones grandes: él, que en muchas ocasiones se burlaba de su propia grandeza, creía herido su amor propio porque el anciano no le decia monseñor, y le daban tentaciones de llamarle ciudadano. Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante comun en los médicos y en los sacerdotes, pero que en él no era habitual. Despues de todo, el convencional, el ex-representante del pueblo, fué un poderoso de la tierra; por la primera vez de su vida quizás el obispo trataba de ser severo.

El convencional le consideraba con modesta cordialidad, en la que se hubiera podido discernir acaso la humildad, que tan bien sienta al que está próximo á convertirse en polvo.

Por su parte el obispo, que ordinariamente no manifestaba curiosidad, ya que, segun él, estaba muy cerca de la ofensa, no podia dejar de examinar al convencional con una atencion que, no naciendo de la simpatía, le hubiera reprochado su misma conciencia si la dedicase á otro hombre cualquiera. El convencional le producía en cierto modo el efecto de un hombre que está fuera de la ley, y hasta de la ley de la caridad.

G., tranquilo, con la cabeza erguida y con la voz vibrante, era uno de esos octogenarios que causan la admiracion del fisiólogo. La revolucion tuvo muchos de esos hombres proporcionados á su época. En aquel anciano veíase un hombre de prueba, porque estando tan próximo á su fin, conservaba todavia todos los signos de la salud. Había en su clara mirada, en su acento firme, en el robusto movimiento de sus hombros, algo que desafiaba á la muerte. Azrael,